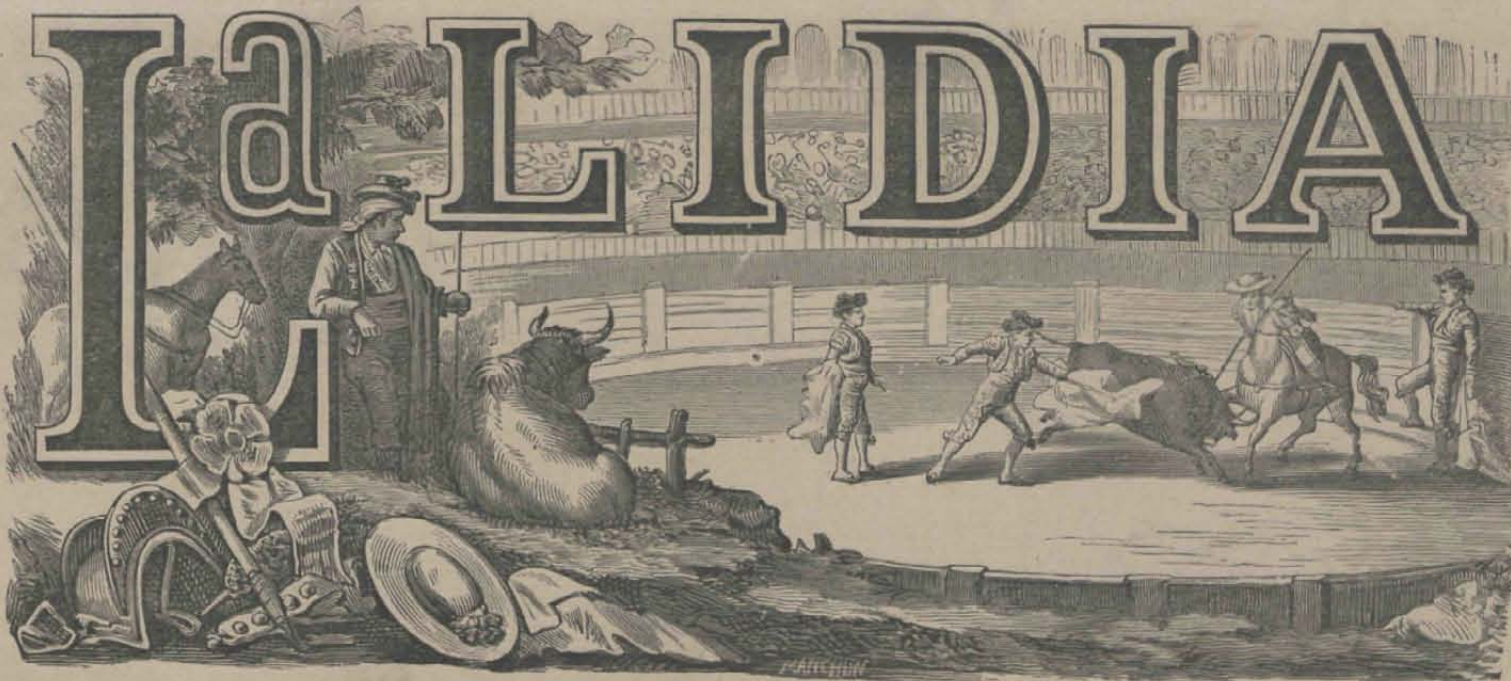


NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.



NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.

REVISTA TAURINA.

Se publica al siguiente día de verificada la corrida.

No se admiten suscripciones más que para Madrid.

ANGEL PASTOR.

Durante la primavera y el otoño nos agrada ir á Aranjuez.

La sombra anchurosa que prestan los árboles del Real Sitio, la luz de la plateada luna retratándose en las aguas del Jarama, el pétalo de las florecillas que exhalan sus perfumes... (sin querer hemos adoptado este género de literatura cursi, porque vamos á hablar del divino arte; conste que así llamamos á la música y no al torero).

Es lo cierto que estuvimos un día en Aranjuez. Recordamos que un artista alemán nos acompañaba, y al cual íbamos enseñándole las bellezas que Jordan había derramado con su pincel en los cuadros del Palacio, y los curiosos objetos de que el gran rey Carlos III había rodeado la Casa del Labrador.

De repente, y al dejar una calle de corpulentos álamos para entrar en una de las plazas de la villa, fuimos agradablemente sorprendidos. De uno de los balcones contiguo á una modesta casa escapábanse notas y torrentes de armonía que formaba de aquel lugar un encantado paraíso. (El estilo es el mismo, como habrá reparado el lector.) Eran aquellas notas musicales tan limpias y claras, se deducía que aquel piano estaba tan magistral y sentimentalmente pulsado, que algo hubiéramos dado por tener entre las nuestras aquella limpia y aristocrática mano que de tal modo arrancaba lágrimas y suspiros á las teclas.

El último arpeggio cesó.—¿Qué es lo que acaban de tocar? pregunté á mi acompañante aficionado *in extremis* al arte de Bellini.—Una melodía de Schubert, me contestó. El piano dejó oírse por segunda vez y esperamos; al terminar la última nota, mi compañero resultó tan entusiasmado, que me dijo: Nunca he oído interpretar de este modo la mejor sinfonía de Mozart.

Faltábanos saber quién era el inspirado personaje; el hada misteriosa que nos producía tales ensueños. (Y dale con el estilo.)

La casualidad vino á nuestra ayuda.

No bien nos acercamos á la puerta de la casa, cielo de aquellas armonías, cuando una mujer coloradota, ancha de espaldas y casi tanto de cintura, gritó fuertemente: ¡Ángel!

—¡Oh, sí, dijimos nosotros; un ángel debe de ser esta intérprete sublime de los secretos de... Nuestro arranque poético fué cortado por la presencia de un hombre alto, delgado, de facciones finas y regulares, ojos un tanto azules y largos, con las guías del cabello peinadas sobre sus sienes y una rama del mismo extendida como la trenza desaliñada de un chino sobre sus espaldas.

—¿Cómo! repasamos nosotros casi á coro, sin salir de nuestra extrañeza: ¿Acaso el ejecutor divino de Schubert, de la gran sinfonía de Mozart?

—Soy yo, contestó el aparecido.

—¿Cómo llamaron á un ángel?

—Es que me llamo así, volvió á decir el inter-

pelado atusándose toreramente el pelo sobre las orejas; me llamo Angel Pastor.

—¿Y un hombre que toca así el piano—decía Frasquito en cierta reunión—puede ser buen torero?

—¿Y un hombre que ha sido *bachillé en la artes*, y que está deseando terminar la *temporá* para recrear sus ojos en Roma, París y los demás *extrangis*, puede entenderse bien con la gente de *cuerda*?—preguntaba un infatigable consumidor del café Imperial.

La contestación á estas preguntas la haremos nosotros cuando hagamos una extensa biografía del diestro herido en la actualidad. No podríamos ser imparciales, y sobre todo justos, al lado de la desgracia.

Nuestra tarea se dividirá en dos partes y un epílogo.

Primera. Una corrida de Beneficencia. ¡Qué entusiasmo! ¡Es el mejor discípulo de Cayetano! ¡Cómo mueve el capote, cómo se ciñe á los toros, qué modo de manejar la muleta! ¡El niño mimado de Madrid! ¡El porvenir del torero!

Segunda. ¿Nos habremos equivocado? ¡Cuánta diferencia! ¡Este torero no es el del año anterior! ¡Basta de palmas y ovaciones, y contentémonos con habernos desengañado!

Epílogo. Esta visto; es un torero de inteligencia; maneja con aplomo y maestría su casi diminuta muleta; para los pies y sabe lo que se hace... ¡Qué lastima para él y para el arte que no tenga más corazón!

Hasta que usted se ponga bueno, Sr. Angel, no le diremos nosotros si es que le falta á usted ese huésped del pecho, ó si es que se lo deja *derretido* por el sentimiento sobre las teclas de su piano.

¡Hasta entónces!

Carta de José Delgado y Galvez (Hillo) á José Sanchez del Campo (Carancha).

(En de la Eternidad á 17 de Abril de 1882).

Mi querido hijo: Has de dispensarme, en primer lugar, que te dé este tratamiento, porque mi *paternidad* en el arte á que te has dedicado me da derecho para ello; bien pudiera decirte *to-cayo*, y sé que no te enfadarías. Como tú no conoces esta vida de *infundios* y de no hacer *na*, como la llamaba uno de mis banderilleros, y como por otra parte aquí tenemos la desgracia, *materialmente hablando*, de no ver nunca cuernos, mis compañeros de oficio y yo echamos unos largos ratos, y hasta nos carteamos á veces con el *señor Pedro Romero*, que está en la gloria, porque el mismo Dios se empeñó en pagarle con el cielo su maestría, aunque aquí se murmura que esta distinción se debe á no haber muerto el pobrecito en plaza, sino en su cama y *confesao*.

Pues has de saber, querido Pepe, que los infelices que se dirigen á estos barrios, y á quienes les pregunto todos los días por la gente de coleta, me dicen que eres tú un torerito muy *apañao*, guapo en *tóos* sentidos, y á quien la gente de Madrid intitula el porvenir del arte. Yo que he sido siempre de los toros y para los toros, y si con solo el *espíritu* se pudiera manejar la muleta, es muy posible que el día ménos pensado me vieran los aficionados dando aquellas estocás que enloquecían á la Duquesa de A... y á toas las buenas mozas; no puedo permanecer indiferente á estas demostraciones, y así quiero cartearme contigo para enseñarte y dirigirte, ya que me vinieron á despertar de mi letargo los aplausos que te llevaste de Madrid en las corridas de la última *temporá*.

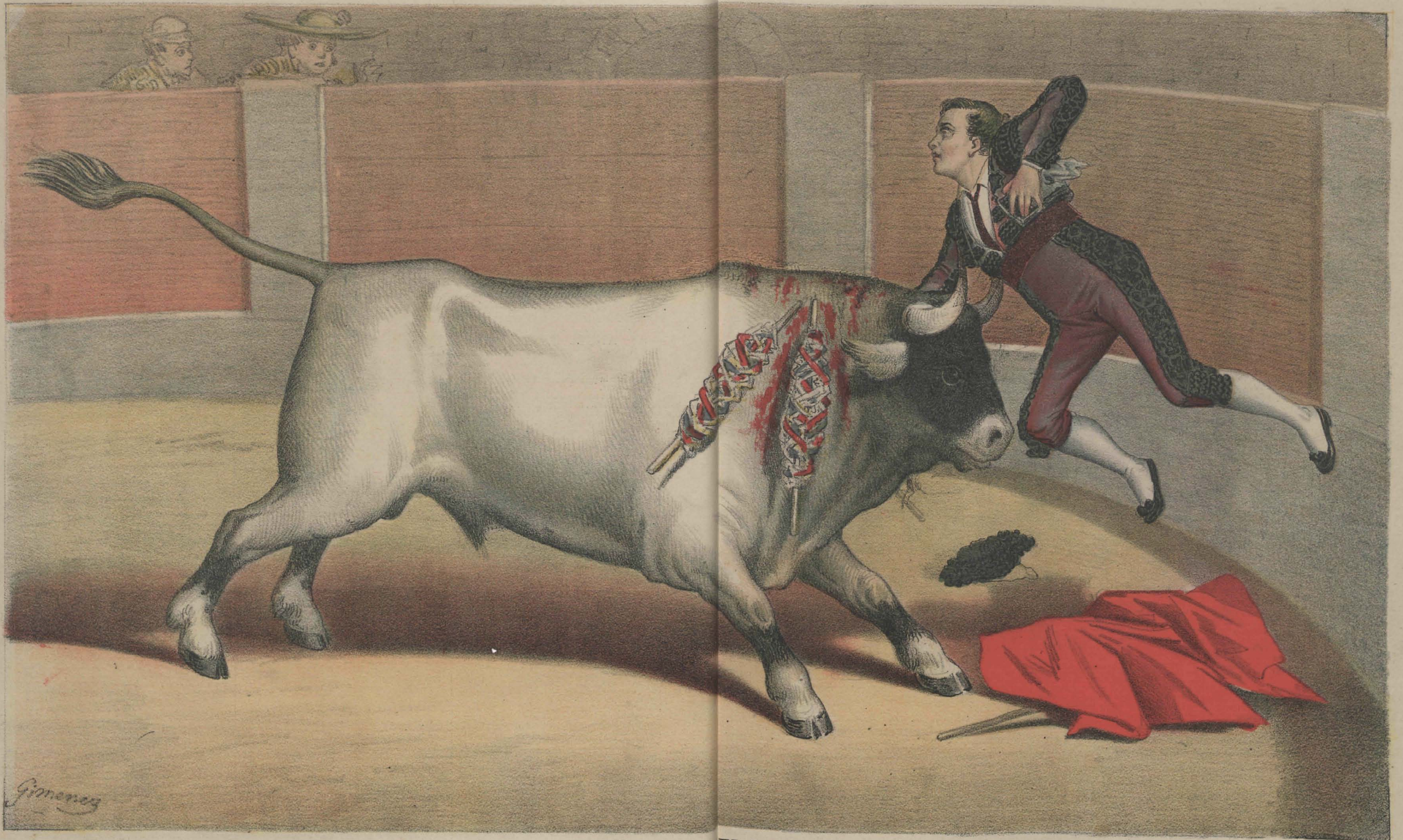
Un abonado al tendido núm. 2, que llegó aquí hace pocos días, me dice que estás *tastamado* y según todas las señas de este percañe tú mismo te has tenido la culpa, que los toros pocas veces hacen cualquier desavío á quien no lo merece. ¡Esa misma prevención tenía yo con los toros castellanos! Recuerdo que solo en esa lidia me ganaba siempre el glorioso Romero, porque los conocía, vágame esta comparación, como si los hubiera parido. Estos bichos, hijo mío Pepe, salen casi siempre descompuestos, muy avantos y sin compostura en la cabeza, de modo que cuando arrancan van ya ganando terreno, por lo que el capote hay que echárselo á toda la extensión del brazo, á fin de tener tiempo de salirse del embroque si el animal cambiara de posición.

Ya ves con qué oportunidad empiezo á aleccionarte, cuando ya vas estando en disposición de salir de nuevo á la plaza y te las has de entender con Aleas y con Bañuelos.

Me han hablado mucho de tu carácter, y casi me veo retratado por ti después de cerca de un siglo que no me *guipen* los mortales. ¡Cómo me gustaban las buenas mozas, y cuánta envidia despertaban en las gentes de mi clase aquellos paseos míos junto al Manzanares, en noches de verbena, cuando en medio de tantos maridos celosos y tanto ganapan embobado con la enamorada pareja, solazábame á la tibia luz de los farolillos de colores, llevando el torneado brazo de la aristocrática dama muellemente posado en el mío, y su ovalado rostro junto al embozo de mi capa grana guarecido por el ala anchurosa de mi castoreño... pero no es esto lo que quería decir: me refería á tu carácter como lidiador en plaza y me he referido al Pepe-Hillo cortesano. ¡Rosabios antiguos!... ¡oh, si tu hubieras conocido aquellos tiempos!... Pero en fin, vamos al arte.

Me dicen que eres valiente, y hasta temerario, que aprovechas cuantas ocasiones se te presentan para lucirte, y que cuantas suertes sabes que hanhecho otros quieres repetirlas tú, aunque no las hayas estudiado... ¡Cómo me reconozco en ti, vuelvo á decirte! Y precisamente sobre el particular decíale yo al maestro Romero, antes de despedirse para la gloria, estas palabras: ¡cuántas *cornas* me costó el competir con su merced, y cuántas tardes el público me llevó adonde no hubiera debido ir!... Pero en

LA LIDIA.



Lit. de J. Palacios

COGIDA DE ANGELO EL PASTOR
(ocurrida en la Plaza de Madrid, la tarde del 10 de Abril de 1882.)

Arenal, 27.

fin, váyanse las 25 *cornas* que me he traído dentro del cuerpo, por las muchísimas palmas con que se ha embriagado mi alma, y vamos á lo que te quiero decir, que de este modo no voy á acabar nunca.

Han dicho por aquí los difuntos de hace unos cuantos meses, *vítimas* de las pulmonías que este invierno ha repartido Madrid, que tú has recibido toros. ¡Hijo mío, desde que he sabido esto ya estoy contento en estar en el purgatorio, porque estando más bajo que el cielo, así he de saber más pronto noticias tuyas! Algunos envidiosillos han querido decirme que no; pero acordándome que en un principio decían lo mismo de mí, no he querido hacerles caso. Preguntando á unos y enterándome por otros he sabido que te has colocado en la rectitud del toro, que has colocado la mano de la espada delante del medio del pecho, que después de liar el trapo has *citado*, y dejando llegar el bicho á su jurisdicción y *sin mover los pies*, has metido el brazo derecho, y que á favor del quiebro de muleta te has librado del embroque cuando el animal ha dado la cabezada.

Pues esto es recibir, querido Pepe, y aquellos que te lo nieguen citale mi *Tauromaquia*, que apareció en los estantes de las librerías cuatro años antes que el pícaro francés quisiera quitarnos nuestra *independencia* (este es un término que siempre se me ha resistido.) También me dicen que con las banderillas quiebras como nadie delante de los berrendos, y vé ahí una cosa que como nunca lo pensé hacer no te puedo dar lecciones; pero si te puedo dar muchos consejos y advertencias sobre toda tu conducta torera, ya que si repites aquella suerte te has de poner junto á los primeros, y siquiera por llevar mi mismo nombre quiero que lo seas en todo.

La gente que últimamente se descuelga por aquí anda muy *escamada* con tu persona, pues unos dicen que vales mucho y otros te colocan en muy bajo lugar; esto es enfermedad de todos los que empiezan; así me sucedió con mis consocios, y á los incrédulos y los malas lenguas tú solo eres el encargado de convencerlos. ¡No escuches consejos que nazcan de la cobardía! Cuando pises de nuevo la plaza y el primer toro de tu pertenencia esté *acondicionado*, métele sin titubear el pié, que para algunos será como si les hubieres *metido una estoca*, y hasta desde aquí han de escucharse las palmas.

Mucho cuidado también con el público, que es á veces peor que todos los cornúpetos juntos, y hasta me atrevo á decir que con más malas intenciones que *Coreubión*, uno de los toros que me *hizo polco* casi á dos varas de la puerta del *arrastraero*; con sus palmas te llamara hacia el peligro, y otras veces con sus insultos te arrastrara hasta él. La tercera *corná* que recibió mi cuerpo, más bien que el asta derecha de *Zaino*, me la proporcionó un *inteligente* que me llamó *cobarde*; me cegué, me acosté sobre la cuna del meleno como si fuera á echar un sueño, y por poco no echo el de la *eternidad*.

Cuando hayas citado una vez y el bicho no acuda, ó el animal no sea de condiciones, no te expongas nunca, que para eso mi maestro inventó el *volapié*, para darlos muy buenos á los toros que no sean dignos de lo *supremo*.

Me dicen que en la salida de los caballos te abres demasiado de capa... pero estas cosas y algunos defectillos te los ire anotando para la segunda carta; por ahora, y para tu nueva presentación, ya tienes lo que te hace falta: desde aquí voy á esperar como un *enamorado* las noticias de tu salida. Algunos muertos quisieran resucitar por estar aquella tarde junto al ventorrillo del *Naranjero*.

¡Ah! Si estás *acobardado*, cosa que yo no espero, ni siquiera te acuerdas de mi nombre, que demasiadas cosas he dicho de ti para que luego me dejes mal.

¡Adios, y hasta otra!

Se me olvidaba decirte que el *Seño Curro* está tan *abronceado* con su hijo *Currito* que está buscando memorialista para escribirle una carta que ni *dicta* por un perro rabioso.

No te ha de extrañar, por último, que yo emplee á cada paso palabras tan finas como *espíritu*, *letargo*, *oculato*, etc., etc. ¡Es cuestión de trato! Los maridos de aquellas damas tan aristocráticas que tantos favores me hacían, han venido *inocentes* á este mundo, y todavía siguen honrándome con su amistad.

Adios, y hasta que *meta el pié*, que entonces podrás decir que te has *metido* hasta la cintura en el corazón de

JOSEPH-HILLO.

TOROS EN MADRID.

Corrida extraordinaria verificada el 23 de Abril de 1882.

La corrida tan desagradable como el tiempo.

Frio en la atmósfera y en los espectadores.

La ligera desgracia ocurrida á Rafael nos ha hecho presenciar una *extraordinaria*, que fuera de lo ordinario, ha sido también por la mala direccion en el redondel, el juego equivocado de las suertes y la ausencia de buenas *estocas*.

Jugar toros en la Plaza de Madrid sin *maestros* que hagan lo que *deba hacerse*, y sin toreros que sepan mirar por la respetabilidad de su nombre, es cosa que no se le ocurre sino al Sr. Menéndez de la Vega.

El aspecto de las localidades demostraba que la Empresa sabia también llevar su merecido. Desiertos los palcos, desocupadas las barreras, vacías las localidades de alto precio, y con bastante desahogo los tendidos.

En cuanto á la corrida, dos han sido los héroes de ella; no creas, lector querido, que voy á referirme á ninguno de los espadas, nada de eso; las palmas de los *aficionados* y las simpatías del público, pertenecen de hecho y de derecho á Badila y Agujetas. La pica ha hecho mayores prodigios que la muleta.

Se nos olvidaba aplaudir unos pares de banderillas colocados al quinto toro por los hermanos Cara-ancha, que no había más que pedir.

¡Ah! nuestro recuerdo también á Punteret que ha estado trabajador y valiente, y... no recordamos más...

Presidía el Sr. Villasante.

Seis eran los toros que se jugaban, de D. Manuel García Puente y Lopez (antes de Aleas). El Buñolero, una vez las cuadrillas en sus respectivos puestos, dió libertad á los seis (no á todos de una vez) sino en el orden que sigue:

1.º *Fajeton*, retinto, liston, apretado de cuerna. Toma en cuatro ocasiones varas de Agujetas y Badila. Caída de éstos al descubierto, sin un capote para llevarse al toro; el público se acordó instintivamente de Rafael. Punteret clavó un par al sesgo, de los buenos, y Pulguita medio par delantero. Suena la hora de matar; Machío, de verde y oro, se encamina hacia la *rés*, á la que saluda con uno con la derecha, dos naturales, otros cinco con la derecha, dándole una pasada sin herir, y una corta y caída á volapié.

2.º *Dicamcho*, retinto, albardao. Hermosilla le lancea con cinco verónicas. Badila moja en cuatro ocasiones y en otras tantas Agujetas. Los dos Campos adornan al de Aleas con tres pares, uno de ellos bueno. El Sr. D. Manuel (seámosle respetuoso en este toro) dá las buenas tardes á la Presidencia, y dando cinco pases de telón á su enemigo y cuatro con la derecha, se tira á volapié, dando una estocada baja hasta mojarse las uñas.

3.º *Barrigon*, de pelo retinto, oscuro y algo cubeto de armas, salió con piés, que le paró el Gallo con cuatro verónicas, Badila puso dos varas, Agujetas cuatro y J. Fuentes pinchó, perdiendo el jaco. Cuatro-dedos y el Morenito cumplieron: el primero con un par de los de día de fiesta, y el segundo con otro á la media vuelta. El Gallo, de lila con golpes de luto, brinda y se vá hacia el bicho. Seis naturales, tres con la derecha, cuatro altos y dos desarmes precedieron á una corta algo contraria y caída; dos naturales y tres altos, á un pinchazo sin soltar en su sitio; uno natural, uno alto y dos cambiados, á una tercera algo atravesada y... no recordamos más: en ciertas ocasiones más vale perder la memoria.

4.º *Guindo*, retinto, liston y algo caído del derecho. Machío, por no ser menos que sus compañeros, le dió una media docena de verónicas. Agujetas puso seis varas y Badila tentóle tres veces la piel al de Aleas. A los quites matadores y banderilleros. Pulguita dejó un par aprovechando, de castigo, un poco abiertas y medio segando. Punteret cumplió con dos pares buenos; el segundo algo caído. Machío se encargó de llevar á mejor vida á su adversario *Guindo*, por parándole á ello con tres naturales y uno alto para una estocada corta, perpendicular y un poco contraria. Dos

pinchazos, una corta en su sitio á paso de banderillas, dos pinchazos más y otra corta fueron la penúltima parte de la faena del diestro, y la llamamos así porque la última consistió en dos intentos de descabello, acertando á la tercera.

5.º *Clavellino*, retinto, liston y albardao. Agujetas pinchó tres veces y Badila puso cuatro varas. Fuentes mojó una vez sin consecuencias. Pedro Campos puso dos pares regulares y Manuel cumplió con otro cuarteando. Hermosilla, tras dos naturales, uno con la derecha y dos altos, señaló dos pinchazos á volapié. Dos naturales y otro pinchazo precedieron á una á volapié en las tablas, un poco tendida.

6.º *Bellotero*, retinto, bien puesto y de bastantes piés. Badila (no olvide el lector que es uno de los héroes de la tarde) puso un puyazo, cayó contra las tablas, se lastimó el brazo izquierdo y no quiso ir á la enfermería. Agujetas metió tres puyazos y P. Fuentes pinchó tres veces. Entre Cuatro-dedos y el Morenito colgaron al serrano tres pares y medio. El Gallo dió veinte pases, con desarme en dos de ellos, para una baja y pescuquera, después otra media, y por último un notable descabello. ¡Más valió así!

APRECIACION. ¡Señores matadores, alto, y un poco de atención, que el que os habla no tiene para qué ocultaros la verdad, y si desearles mucha salud y muchas palmas! ¿Qué lío era aquel durante las caídas de los picadores en el primer toro? Dichas caídas eran al descubierto, y si el toro hubiese hecho por los piqueros, no se les olvida á éstos tan fácil vuestro aturdimiento é inexperience. ¡Amigo Gomez! ¿Cómo esperábamos esta tarde los aficionados que usted se luciera en los quites, ahora que no tenía ningún maestro al lado que, vamos al decir, le quitase la *expontaneidad*? ¡No sé si nos habremos entendido! Pues ¡y las verónicas? O era que el viento de la tarde me quitaba á mí el entendimiento y á ustedes la serenidad, ó yo no sé lo que por mí pasó, que no me atreví á aplaudir más que las dos primeras del Gallo. Señores matadores, repito, para lancear bien de verónica es preciso situarse en línea recta al toro; proporcionar la más precisa distancia con respecto á la agilidad y entereza que se note en él; no mover el cuerpo ni piés antes del tiempo prevenido, y procurar que la *rés* quede de cuadrado en el remate de cada suerte para emprender la siguiente. Esto lo dice Pepe-Hillo en su célebre *Tauromaquia*, y ustedes lo debieran saber de memoria, ó por lo ménos mejor que yo; además, ¿no recuerdan ustedes haber aplaudido hasta rabiar al célebre Dominguez y al gran Cayetano en esos preciosos lances? Pero ya que movais tanto el capote, sacudiendo sin ton ni son el polvo del redondel, por lo ménos que el remate de la suerte se haga con limpieza para justificar el aplauso de los espectadores. Y vamos á la *verdad*.

Machío no es ya el torero de otros tiempos; desde aquella caricia que le hizo un Miura en la plaza vieja de Madrid, durante las fiestas de San Isidro, no ha vuelto á dar cuenta de su antigua persona. A su primer toro le pasó algo parado, pero sin la serenidad de un diestro de su práctica torera. Al meterse cuarteo demasiado y pronunció mucho el consabido *paso atrás*. De aquí las merecidas muestras de desaprobación que obtuvo en su segundo toro. Si en un animal pegado á las tablas no le dió las que necesitaba, si teniendo descompuesta la cabeza no se la arregló convenientemente en el tanteo y en todas sus estocadas, se propuso herir á *cabeza pasada*, claro es que el público debía demostrar su desagrado. Aunque Curro Cúcharas hería de este modo con mucha frecuencia, él solía decir que constituía este arranque una imperdonable falta, pues ni se puede *senalar* bien en todo lo alto y las estocadas se *descuelgan*. Ya vé Machío como la *autoridad* no es de las que se deben tener en menos.

Hermosilla empezó la brega de su primero moviéndose mucho, y luego en los últimos pasó más, y al herir se arrancó bien y llegó con la mano al pelo, si bien el estoque se descolgó bastante. Es verdad que el animal hizo un extraño movimiento cuando ya el diestro iba impulsado, y á esto se debe la desviación del estoque, pero de todos modos la estocada hubiera resultado así por el defecto principal que notamos en Hermosilla al enjendar la suerte del volapié, y es que no deja en su sitio la muleta todo lo necesario, antes bien, muleta y estoque se los lleva consigo, sin que jamás la suerte quede consumada. Si á su primer serrano, que estaba algo huido, pero que atendía por su terreno, le hubiese cuadrado un poco más, y al llegar á la cabeza le hubiese bajado más el trapo tocándole el hocico del toro con él, y solo se hubiese descubierto cuando el animal estaba humillado, entonces la estocada hubiera llevado su direccion, y lo que fué un modesto aplauso se hubiera convertido en entusiasmo.

ALEGRÍAS.

Imprenta de José M. Ducacal, Plaza de Isabel II, 6.

ANUNCIO.

LA LIDIA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS.

SE PUBLICA AL SIGUIENTE DIA DE CADA CORRIDA DE TOROS HABIDA EN MADRID.

Administracion: Plaza del Biombo, 4, bajo.

Se admiten suscripciones exclusivamente para Madrid en las principales librerías y en la calle del Arenal, núm. 27, Litografía.

PRECIO: Por un trimestre..... 2 pesetas 50 céntimos.